

[internacional]

UN NUEVO IRÁN se asoma tras los velos

Las corrientes reformistas, vencedoras en las recientes elecciones legislativas, pueden marcar las pautas para que el país asiático termine con décadas de teocracia y aislamiento



LAS elecciones parlamentarias celebradas a finales de febrero en la República Islámica de Irán, en las que participaron más de 55 millones de votantes, resultaron favorables a los candidatos reformistas. Algo que la mayoría de los observadores considera un importante refuerzo al bloque de tendencia moderada que encabeza el presidente Hasán Rohani, abanderado de la política aperturista que apoya el acuerdo sobre el programa nuclear con las principales potencias occidentales. Un punto de inflexión histórico que pone fin al aislamiento internacional

y permite el levantamiento progresivo de las sanciones económicas impuestas al país asiático. Estos comicios, convocados en un momento clave para decidir la aproximación a Occidente, renovaron el parlamento o Asamblea Consultiva Islámica (*Majlis*) y la Asamblea de Expertos, un órgano político que vela por la ortodoxia religioso-política del país.

Integrado por 88 clérigos versados en la interpretación de la ley islámica, la cámara de los Expertos elige al líder supremo de la República, que en la actualidad es el septuagenario Alí Jamenei, cuya mala salud es un secreto a voces. El éxito

de los reformistas, cuyo líder en la sombra es el expresidente Mohamed Jatamí, pone fin a once años de predominio del ala dura del régimen, desde la victoria de Mahmud Ahmadiñeyad en 2005. Y eso a pesar de los obstáculos impuestos a los partidarios de las reformas por el influyente Consejo de Guardianes, que encabeza el anciano *aytolá* Alí Janati, compuesto por doce miembros elegidos por Alí Jamenei y encargado de dar el visto bueno a los candidatos presentados y desechar a quienes considera doctrinalmente dudosos. Ante la ausencia de partidos políticos estables, cualquiera puede presentar en Irán su nombre para los comicios, lo cual exige un organismo que filtre a los candidatos, papel que cumple el Consejo de los Guardianes.

Del rigor de la selección es buena prueba que haya sido descartado el nieto del histórico *aytolá* Jomeini, a quien se le prohibió presentarse a las elecciones, igual que ocurrió con el hijo y la hija del ex presidente Hashemi Rafsanyani, muy crítico con los defensores de la línea dura, en la que se incluyen no solo el mencionado Consejo de Guardianes, sino el Cuerpo de la Guardia Revolucionaria Islámica (CGRI), que actúa como una milicia armada en todo el territorio.

En Teherán, la capital y centro demográfico, económico y político del país, la victoria de los partidarios de la apertura económica y el acercamiento a Occidente ha sido total, al conseguir 29 de los 30 diputados de la lista reformista en el *Majlis*. El candidato más votado ha sido Mohamed Reza Aref, que lideraba la coalición reformista.

RECURSOS NATURALES

Estas elecciones coinciden además con el 37º aniversario de la revolución islámica en 1979. Un periodo de casi cuatro décadas en el que Irán ha experimentado convulsiones revolucionarias, una devastadora guerra de ocho años con Irak que costó la muerte a un millón de iraníes, ocho años de gobierno de un presidente de línea dura, Mahmud Ahmadiñeyad, y una serie de sanciones impuestas por los países occidentales que paralizaron el desarrollo económico y social.

Niñas escolares asisten el pasado 1 de marzo a una sesión del nuevo Parlamento iraní surgido tras las elecciones legislativas celebradas el pasado 27 de febrero.



Abedin Taherkenarsh/ EFE



Una mujer iraní pasa ante un cartel electoral con las fotografías de tres candidatos reformistas para las elecciones parlamentarias.

Situado en el corazón del arco estratégico que va desde Egipto al Asia Central, con una población de 82 millones de habitantes y unas tres veces la superficie de España, Irán cuenta con enormes recursos naturales. Tiene el 9 por 100 de las reservas mundiales de petróleo (calculadas en 155.000 millones de barriles) y el 16 por 100 de las de gas, y es uno de los países más ricos del mundo en recursos minerales, en especial zinc, cobre, hierro, uranio, plomo y manganeso.

Hasta el año 2012, cuando se recrudecieron las sanciones internacionales, Irán extraía casi cuatro millones de barriles de petróleo diarios, lo que le convertía en el segundo país exportador de la OPEP (Organizaciones de Países Exportadores de Petróleo) y el cuarto del mundo. Pero tras el embargo internacional las exportaciones de gas y petróleo (que suponían el 27 por 100 de su PIB) pasaron en 2014 a dos millones y medio de barriles diarios y a dos millones en 2015.

Unas cifras que suponen las terceras mayores reservas mundiales pero que necesitan una urgente inversión multimillonaria para evitar el deterioro irreversible en sus instalaciones. De acuer-

do con los últimos planes del gobierno iraní, deberán invertirse unos 155.000 millones de dólares para el desarrollo de la industria petrolera y del gas, lo que en la práctica se traduce en un enorme negocio para las multinacionales rusas, chinas y occidentales una vez levantadas las sanciones tras el acuerdo nuclear. Supone, además, un incremento de la oferta de crudo hasta 1,5 millones de barriles día, con el consiguiente desplome de los precios. Además, el reforzamiento del acuerdo energético de 2010 entre Irak, Irán y Siria para la construcción del gasoducto *South Pars*, que conecta el

Irán tiene enormes recursos naturales pero necesita una urgente inversión para sus instalaciones

Golfo Pérsico con el Mar Mediterráneo, disminuirá la importancia estratégica del proyecto de gasoducto *Trans-Adriático* (TAP), que sustituye al fallido gasoducto *Nabucco* proyectado por EEUU para transportar el gas de Azerbaiyán a Europa a través de Turquía, y reduce el papel de los Emiratos Árabes como suministradores de crudo a Occidente. Esto explica, también, los intentos de Catar, Arabia Saudí y Turquía por torpedear el acuerdo entre el Grupo 5+1 e Irán.

TEOCRACIA

Tras el derrocamiento del *sha* Reza Pahlevi y la proclamación de la República Islámica en 1979, en Irán se instauró un régimen teocrático cuya máxima autoridad política y religiosa recayó en el *ayatolá* Jomení, líder supremo solo responsable ante la Asamblea de Expertos, elegida por votación cada ocho años. Tras el asalto a la embajada de EEUU en Teherán y la captura de rehenes norteamericanos, que provocó la ruptura total con Washington, estalló la guerra entre Irak e Irán entre 1980 y 1988, en la que Washington y las principales potencias occidentales apoyaron a Irak.

La senda nuclear

EL programa nuclear iraní se inició en los años 50 del siglo XX con apoyo financiero y tecnológico de una serie de países occidentales, en tiempos del derrocado *sha* Reza Pahlevi. En la década de los 60, Irán se adhirió al Tratado de Prohibición Parcial de Ensayos Nucleares con la URSS, EEUU y el Reino Unido, y fundó en 1967 el Centro de Investigaciones Nucleares de Teherán. Eso le permitió poner en marcha un reactor nuclear que utilizaba como combustible uranio altamente enriquecido, y adquirir plutonio suministrado por Estados Unidos. Unos años más tarde, Irán ratificó el Tratado de No Proliferación Nuclear y firmó un acuerdo con una empresa alemana para construir una central nuclear en el puerto de Bushehr, en el suroeste del país. Junto a esto se aprobó un programa nuclear con ayuda norteamericana que incluía la construcción de 23 centrales nucleares para el año 2000 y, con la colaboración de Francia, un centro de investigaciones atómicas en Isfahan. El espaldarazo a este ambicioso proyecto se produjo en 1976 cuando el presidente estadounidense Gerald Ford firmó un acuerdo de cooperación con Irán que permitía la compra a empresas norteamericanas de instalaciones destinadas a extraer plutonio de los reactores nucleares. Pero con el triunfo de la Revolución Islámica se frenó todo el programa de investigación y desarrollo atómico.

Tras unos años de parón, el programa de desarrollo nuclear se reanuda en 1981 en la planta de Isfahan, contando con la total oposición del gobierno norteamericano, que lanza una batalla diplomática para entorpecerlo. No fue hasta 1984 cuando empezaron a surgir los primeros informes sobre la posibilidad de que Irán dispusiera de armas atómicas en breve tiempo, pese a que por esos años continuaba la guerra con Irak.

Una vez finalizada la contienda, el gobierno de Teherán decide impulsar de nuevo sus proyectos nucleares y en 1995 firma un convenio con Rusia para reanudar la construcción de la planta de Bushehr. Como reacción a este acuerdo, Washington prohibió a las empresas norteamericanas cualquier tipo de comercio con Irán y aprobó una serie de sanciones económicas que penalizaba a cualquier país o compañía que invirtiera más de 40 millones de dólares anuales en la industria petrolera iraní.

La crisis se agudizó en 2003, cuando el presidente iraní Mohamed Jatami anunció que su país estaba decidido a producir su propio combustible nuclear. La confrontación con EEUU y los países de la Unión Europea se fue endureciendo en 2006-2007. La Comunidad Internacional quería frenar cualquier posibilidad de que Irán fabricase armas atómicas, y el gobierno iraní defendía su derecho a

poseerlas. En esta situación intervino en julio de 2006 el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, que aprobó una resolución exigiendo a Irán la suspensión inmediata del proceso de enriquecimiento de uranio, y al incumplir esta resolución los iraníes sufrieron nuevas sanciones, que fueron ampliadas en 2007 y 2008.

En septiembre de 2009 Irán ensayó con éxito misiles capaces de alcanzar objetivos situados a 2.000 kilómetros, lo que EEUU e Israel consideraron una grave amenaza, y las sanciones se recrudecieron. En 2010, una resolución de Naciones Unidas declaró que no había pruebas de que Irán hubiese suspendido el enriquecimiento y reprocesamiento de uranio, y en 2011 el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas amplió la lista de sanciones, que incluía el embargo del petróleo iraní por parte de Estados Unidos y la Unión Europea.



Clérigos iraníes observan en junio de 2011 un misil balístico *Shahab 1* en una localización desconocida durante unas maniobras secretas.

STANGER/EFE

Tras una serie de amenazas de guerra, sabotajes, y ciberguerra, en noviembre de 2013 se llegó a un acuerdo provisional entre el Grupo 5+1 e Irán, que estipulaba la suspensión temporal del programa nuclear iraní a cambio del levantamiento parcial de las sanciones bajo la supervisión de la ONU. El trato adquiere forma definitiva en julio de 2015. Irán se compromete a no producir uranio enriquecido durante los próximos 15 años, a deshacerse del 98 por 100 del material nuclear de que dispone, a eliminar las dos ter-

ceras partes de sus centrifugadoras, y a reducir sus reservas de uranio enriquecido de 12.000 a 300 kilogramos.

Con el acuerdo, Irán recupera también unos 100.000 millones de dólares en activos congelados, regresa al sistema financiero internacional y puede reanudar la venta libre de sus inmensas reservas de gas y petróleo. No obstante, siguen en vigor las sanciones de Estados Unidos relacionadas con la tecnología de misiles balísticos y otras armas convencionales avanzadas. Pero hay pocas dudas de que el levantamiento de las sanciones supone una nueva etapa de modernización tecnológica y crecimiento económico, al tiempo que desbloquea las oportunidades de inversión para las empresas occidentales, en especial en los sectores aeroespacial y de automoción.

El acuerdo se considera, además, un éxito para la política exterior del presidente norteamericano Obama y permite a Estados Unidos reducir la tensión en Oriente Medio y concentrarse en la región Asia-Pacífico para contener la expansión de China en esa zona. Pero no todos los aliados de Washington se han mostrado felices con el resultado obtenido. Israel recela abiertamente y muchos analistas coinciden en que el pacto amenaza con debilitar la tradicional amistad de Estados Unidos con Arabia Saudita.

Riad y Teherán pugnan por el control regional actuando en los estados más débiles y en conflicto

Un año después de terminar esa guerra murió el *ayatolá* Jomeini, cuyo sustituto como líder máximo es Ali Jamenei.

Al gobierno del reformista Mohamed Jatami (1997-2005) sucedió el del integrista Mohamed Ahmadineyad, entre 2005 y 2013, bajo cuyo mandato se acentuaron los problemas tanto en el plano interno, con la grave crisis económica, como en el internacional, debido al desarrollo del programa nuclear iraní, lo cual provocó duras sanciones económicas y la disminución de las exportaciones energéticas. En esta batalla diplomática, Irán contó con el valioso apoyo de China y Rusia, aliados tradicionales que se opusieron a cualquier tipo de intervención militar en la zona con el aval de la ONU.

En agosto de 2013 asumió la presidencia iraní el moderado Rohani, quien con el apoyo del líder supremo Jamenei inició una serie de reformas en el campo económico bien acogidas por la población y reinició el diálogo con Estados Unidos, tras declarar abiertamente que Irán renunciaba al armamento nuclear y solo deseaba desarrollar la energía atómica para usos pacíficos.

EQUILIBRIOS REGIONALES

Después de la reanudación de las relaciones diplomáticas con Occidente, Irán (cuya población es chiíta) vuelve a ser un actor clave para la estabilidad de Oriente Próximo, y adquiere más relieve la rivalidad con su principal adversario geopolítico en la región: la monarquía saudita, guardián de las ciudades sagradas de La Meca y Medina y depositaria de la ortodoxia sunita del Islam. Una rivalidad que se asocia al antagonismo religioso, pero que en realidad esconde la hostilidad por el dominio del Golfo Pérsico y la influencia en todo el mundo musulmán.

Al ascenso de Irán en el escenario regional se opone Arabia Saudita con la bajada de los precios del petróleo para dañar a la economía iraní, y poniendo

trabas a cualquier ascenso del chiismo en poblaciones de mayoría sunita. El gobierno saudí ha promovido también un frente común, denominado Consejo de Cooperación para los Estados Árabes del Golfo, que integran, además de Arabia Saudita, las monarquías suníes de Bahréin, Kuwait, Catar, Emiratos Árabes Unidos y Omán.

Durante todo el enfrentamiento de Irán con las potencias occidentales, Ru-

de euros en la que se incluyen helicópteros de la serie *Mi-8* y *Mi-17*, sistemas de misiles *Bastion*, fragatas y buques de superficie, submarinos y otros equipos militares. También han empezado a llegar a Irán los primeros equipos de misiles *S-300*, un sistema análogo a los *Patriot* estadounidenses. Teherán tuvo que esperar nueve años para poder obtener este moderno sistema de defensa antiaéreo ruso, debido a las sanciones de la ONU.

Al margen de ideologías o proximidad a Moscú o Washington de uno y otro, la actual hostilidad existente entre Arabia Saudita e Irán es mucho más geopolítica que religiosa. El país saudí es la primera potencia petrolera global, con una población de 27,7 millones, de los cuales el 80 por 100 son sunitas y un 20 por 100 chiitas. Los analistas plantean que la crisis generada entre Arabia Saudita e Irán no tiene sus raíces en conflictos religiosos, sino en los intereses económicos que las potencias occidentales mantienen en la región. Se trataría, según algunos expertos, de una lucha global por la apropiación de los grandes espacios económicos.

La invasión de Irak y la *Primavera Árabe* sembraron el terreno para la competencia entre estos dos países por el control de la región, y permitieron ahondar en su rivalidad económica. Los saudís apuestan por un petróleo más barato para debilitar a un Irán altamente dependiente del crudo, aunque el descenso de los precios viene también condicionado por la reducción de la demanda global y un exceso de oferta impulsada, sobre todo, por Estados Unidos, cuyas reservas han alcanzado su nivel más alto en los últimos 40 años y cuentan con una elevada producción propia.

Más allá de la disputa por el liderazgo religioso del mundo islámico, Riad ha perdido a dos privilegiados aliados sunitas: Saddam Hussein, que gobernaba a la mayoría chiita de Irak (unos 25 millones) y Hosni Mubarak en Egipto, derrocado por la frustrante *Primavera Árabe*. Irán, entretanto, ha extendido su



Un hombre muestra su documento de identidad mientras espera para votar en las elecciones.

sia ha sido un valedor importante de Irán y un valioso apoyo en el plano militar. Una cooperación que Moscú quiere fortalecer y ampliar tras el fin de las sanciones internacionales. Recientemente los iraníes han ultimado la compra de aviones de combate rusos *Su-30 SM*, de cuarta generación.

Una entrega que forma parte de una operación por más de 7000 millones

influencia a varios puntos del mundo árabe, como Líbano, con Hezbolá; Siria, con los alauitas en guerra contra Arabia Saudita, Turquía y Qatar; Bahrein, donde los sauditas han intervenido militarmente para sofocar la rebelión de la mayoría chiita, y sobre todo Yemen, un país estratégicamente importante porque controla la salida del Mar Rojo.

En Yemen, el presidente sunita Abd Rabu Mansur Hadj está siendo apun- talado por Arabia saudita y el resto de las monarquías del Golfo, mientras los rebeldes hutíes contrarios al gobierno y considerados una rama del islam chiita, buscan la ayuda de Teherán. La agita- ción de los hutíes obligó a exiliarse en 2015 al gobierno yemení, que resiste gracias al apoyo saudita. En Siria, Riad apoya a los grupos islamistas radicales, sin descartar incluso al *Daesh*. Este apoyo financiero y militar ha permitido a estos grupos crecer y prolongar una guerra que ha destrozado al país sirio, uno de los más estables de Oriente Próximo hasta el estallido del conflicto armado.

Todo esto demuestra que la confron- tación entre los dos países se disputa a través de la influencia que ambos ejercen en otros estados de la región más débiles y en conflicto. «La guerra fría regional sólo puede ser entendida analizando los vínculos entre conflictos domésticos, afinidades transnacionales y ambiciones regionales. El debilitamiento de los estados árabes, más que el sectarismo de las ideo- logías islamistas, es lo que ha creado los campos de batalla de Oriente Próximo», señala el investigador F. Gregory Gause del *Brookings Doha Center*.

SOLUCIÓN LEJANA

Obviamente, las cosas es- tán cambiando en Oriente Próximo y, sobre todo, en el papel que está jugando Irán como aliado de Occi- dente en la lucha contra el autodenominado *Estado Is- lámico*. Una nueva relación basada en el aperturismo del régimen que puede in- crementarse si los refor- mistas consolidan su poder y que supondría un nuevo mapa regional. Durante varias décadas Estados Unidos consideró a Arabia Saudita y a Irán como los



Un grupo de iraníes asisten el pasado mes de junio en Teherán al 25 aniversario de la muerte del líder supremo de la Revolución Islámica, el *ayatolá* Jomeini.

dos pilares que sostenían su política en el Golfo Pérsico, pero eso acabó con la Revolución Islámica de 1979. A partir de ese momento Washington confió única- mente en Arabia Saudita para asuntos de seguridad regional.

Pero ahora, el escenario ha cambia- do. Desde la caída de Saddam Hussein, la mayoría chiita en Irak ha dirigido el gobierno del país y ha mantenido rela- ciones amistosas con Teherán. Bagdad ha acusado a Arabia Saudita de apoyar a los grupos sunitas radicales y fomentar la violencia sectaria en Irak. En todo caso, la realidad es que en los últimos tiempos

la influencia iraní se ha extendido hasta las mismas fronteras de Arabia Saudí y ha creado la llamada «Media Luna chií- ta», un arco de territorio que se extiende desde Irán por el norte de Irak y Siria, y llega hasta El Líbano.

Tras la firma del reciente acuerdo con Teherán, Washington parece admitir que Irán debe formar parte de cualquier so- lución al prolongado conflicto de Orien- te Medio, pero resultará difícil conseguir que Arabia Saudita se muestre conforme con ser aliado de Teherán.

Por su trayectoria de un país que ha sido capaz de liberarse del dominio co- lonial, Irán se ve a sí mismo como el único cualificado para responder de la seguridad en la región del Golfo Pérsico sin estar sometido a injeren- cias exteriores. En contraste —sobre todo desde la invasión iraquí de Kuwait—, Arabia Saudita y las restantes monar- quías del Golfo dependen casi totalmente de EEUU para garantizar su seguridad, por lo que cualquier acercamien- to de Washington a Teherán resulta muy preocupante para Riad y los países sunitas del entorno, y supone un revul- sivo para todo el sistema de alianzas regional.

Fernando Martínez Lainez



El presidente iraní, Hasán Rohaní, pronuncia su discurso ante la Asamblea de las Naciones Unidas el pasado septiembre.